

GLOSA

ENTRE LA ESPERANZA DE CAMBIO Y LA CONTINUIDAD DE LA VIDA. EL ESPACIO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS NACIONALES EN LA CIUDAD DE MÉXICO, 1891-1919

Chaoul Pereyra, María Eugenia

México: Instituto de Investigaciones Sociales
Dr. José María Luis Mora, 2014, pp. 231.
ISBN: 978-607-9294-63-2.

El texto reseñado da cuenta de la interacción de una comunidad educativa en la Ciudad de México en una época que se suele ver, en la historia de la educación mexicana, como el despegue de la modernidad educativa: finales del siglo XIX y principios del XX. El libro narra un aspecto de la historia social —especialmente del ámbito de la educación— que para todos los interesados en comprender de una manera rigurosa y profunda el período que abarca, resulta necesario e indispensable.

La doctora Chaoul marcó 1891 como punto de partida de la investigación emprendida. Se trata de una fecha que, al reglamentarse la instrucción obligatoria, inicia «una nueva modalidad en el ejercicio del poder en la que el gobierno federal convirtió al Estado porfiriano en promotor y proveedor de la educación elemental que se quería nacional» (p. 13). El punto de llegada es 1919, cuando se cede «el papel

docente a la gestión local municipal y la gran maquinaria administrativa fue desmantelada para dar paso a una desagregación de la política escolar» (p. 14). Este momento, resalta la autora, es un parteaguas en la política educativa mexicana (p. 14). Por tanto, la narrativa del texto sigue, como hilo conductor dentro de la línea de la historia social y urbana, la transformación de las escuelas primarias porfirianas, en su espacio físico hasta su deconstrucción tanto física como social. La historiadora incorpora en su análisis del período referido no sólo la visión de la materialidad al proceso institucional, sino también el estudio de las interacciones entre diferentes actores y procesos —en donde profesores, alumnos, autoridades, inspectores, propietarios de los inmuebles y vecinos, entre otros—, que tenían como eje central a la escuela, establecían límites y alcances de autoridad, interactuaban entre el consenso y el disenso, delineaban comportamientos institucionales y otorgaban «pleno sentido de historicidad a las políticas educativas» (p. 15) del momento, que tenían como punto de referencia un marco nacional complejo —como lo fue el período presidencial de Porfirio Díaz—, de aparente estabilidad sociopolítica y económica, y el preámbulo de la Revolución Mexicana, incluyéndola. Todo ello, teniendo como contexto la Ciudad de México «que se convirtió en un escaparate» (p. 15).

La doctora en historia, María Eugenia Chaoul, analiza con rigurosidad, a lo largo de cuatro capítulos, el transcurrir histórico entre una serie de aconteceres educativos. El primer capítulo, «La escuela elemental de la Ciudad de México», examina el contexto social del gobierno de Porfirio Díaz, en el cual surge la transformación de las escuelas municipales a federales, explicando (incluso con mapas que facilitan al lector la comprensión del fenómeno urbano) cómo dicha innovación impactó en la expansión urbana de la Ciudad de México.

En el segundo capítulo, «La escuela elemental de la Ciudad de México como lugar», presenta una visión que permite comprender cómo una vez celebrado el Congreso Higiénico Pedagógico de 1882, la vida escolar comenzaría a volcarse hacia los edificios escolares con miras a su innovación y mejora. De tal manera, la arquitectura escolar se fue imponiendo como un símbolo de la modernidad urbana y como un referente para el país, toda vez que una de las conclusiones del mencionado congreso giraba en torno a la idea de crear establecimientos

educativos *ad hoc*, que sirvieran como «escuelas modelo», diseñadas bajo parámetros científicos que obedecían a una lógica pedagógica de los países más avanzados del mundo (especialmente, Francia, Suiza e Inglaterra). Sin embargo, como señala la autora, «del dicho al hecho», no fue siempre la arquitectura el símbolo de la modernidad educativa para todas las escuelas elementales de la capital; la mayoría se ubicaban en vecindades, donde convivían sus habitantes y los alumnos de las escuelas. Aun así, el sistema que se echó a andar en la época —bajo la Dirección General de Educación Primaria—, buscó imprimir en el currículo, en el tiempo didáctico, en los inventarios y en indicadores de calidad (como el de la asistencia), la impronta de que la educación en el país sentaba las bases de un sistema educativo nacional.

«La dimensión espacial de la higiene escolar», tema que enmarca el capítulo tres, se centra en la vida escolar y su representación social para los estudiantes, padres de familia y las autoridades quienes, mediante el mecanismo de la supervisión escolar, institucionalizaba el sistema que atendía a la política educativa de la instrucción obligatoria. En este apartado del texto, la autora cubre un espacio que en la historiografía de la educación quedaba pendiente: el analizar el impacto del discurso higiénico en la mejora escolar y en el proyecto educativo en general.

El cuarto apartado aborda el devenir de la Revolución Mexicana y su repercusión en la escuela: el fomento de la cultura militar en los espacios escolares; la necesidad de atender educativamente a una población fluctuante, propia de la movilidad que la lucha armada generó; la opinión pública expresada en voz de la prensa, la cual ejerció su poder hasta desarticular el engranaje educativo federal, entre otras consecuencias del conflicto bélico. La historiadora propone una línea para futuras investigaciones: «que en el marco de la sucesión presidencial, mantener el proyecto federalizador de la educación estaría asociado con los cuadros opositores al maderismo» (p. 167), pues «el dictamen en contra de la llamada federalización de la educación en el Segundo Congreso de Educación Primaria evidenció el rechazo del centralismo» (p. 167). Ello significaba bloquear la centralización, «aunque esta estrategia involucrara necesariamente utilizar a los maestros como grupo de presión».

Es pues un texto, resultado de un largo proceso, como afirma María Eugenia Chaoul Pereyra, que inicia con la aprobación de la reglamentación de la instrucción obligatoria, transcurre en los años en los cuales se colocan las bases del sistema educativo nacional al pasar las escuelas municipales a federales, a sistematizar los tiempos, espacios y contenidos curriculares, y concluye cuando, resultado del período revolucionario, el Ayuntamiento de la Ciudad de México, se enfrentaría al desmantelamiento de la red escolar y a las adversidades que dicha red presentaba ante el problema habitacional y que fue solventado, en gran medida, por la iniciativa de los maestros que de forma comprometida, sortearon la escasez y la precariedad de los planteles, y de los padres de familia, para quienes el hecho de que sus hijos asistieran a la escuela implicaba un lugar de refugio, un espacio de resguardo temporal para continuar con la vida diaria y un medio para generar un sustento (p. 216).

Un libro interesante —profundo en sus análisis— que acerca a los interesados a un conjunto de hechos históricos de la educación mexicana, cuyo erudito abordaje permite comprenderlo de forma integral.

Mónica del Carmen Meza-Mejía
Escuela de Pedagogía
Universidad Panamericana